

SOLEMNIDAD DEL NATIVIDAD DE LA VIRGEN
Titular de la Basílica y patrona del Monasterio
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
8 de septiembre de 2015
Miq 5, 1-4; Rom 8, 29-30; Mt 1, 1-16.18-23

Cher Mgr. Norbert Turini, Evêque de Perpignan, queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La Iglesia vive con mucha alegría el nacimiento de Santa María. Y, en Montserrat, esta fiesta tiene una solemnidad especial porque tanto la basílica como el altar en torno al cual nos reunimos están dedicados a la natividad de la Virgen. Y, además, el monasterio está puesto bajo su patronazgo.

¿Por qué tanta alegría, hermanos y hermanas, en esta solemnidad? Porque María -tal como hemos oído en el Evangelio- es el último eslabón de la larga lista de predecesores del Mesías. Después de tantas generaciones de espera nutrida de esperanza, el nacimiento de Santa María, del linaje escogido de David, presagia la inminencia del de Jesús. Y, por tanto, la llegada del Mesías, anhelada durante siglos a causa de la salvación que él tenía que traer a la humanidad.

La razón de la alegría es, pues, doble. Nos alegramos por María y nos alegramos por nosotros. Nos alegramos por María pues, con los dones que Dios le ha hecho, ella resplandece en el mundo con su santidad, con su maternidad y con su solicitud misericordiosa. Una misericordia invocada cada día aquí en Montserrat y derramada generosamente a favor de los monjes, de los escolanes, de los peregrinos.

Y nos alegramos por nosotros, por toda la humanidad. Gracias al fruto de sus entrañas, nosotros, ciudadanos de la tierra, podemos ser, también, ciudadanos del cielo, reconciliados admirablemente con Dios por Jesucristo. Por ello, un himno de la liturgia de hoy dice: "celebramos cada año" el nacimiento de Santa María "con la alegría de ser, gracias a su maternidad," miembros de la ciudad celestial "(cf. Himno de Laudes). Es decir, hombres y mujeres que participamos ya de la vida divina, esperando el momento en que esta vida se desplegará lozana en la gloria de Cristo. María y todos nosotros -toda la humanidad- entramos en ese plan grandioso de Dios que nos presentaba San Pablo en la segunda lectura: *sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio. A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos.* María ha sido la primera en ser llamada y destinada a identificarse con Jesucristo para que, gracias a su maternidad, una multitud inmensa pueda ser justificada, perdonada, restaurada y pueda participar después de la gloria de Cristo.

Sí, pues. Celebramos con alegría "la celebración anual del nacimiento" de Santa María, por lo que ha sido su existencia fiel y por lo que aporta al pueblo cristiano ya la humanidad. La solemnidad de hoy, además, nos invita a vivir intensamente la fe en el plan de amor que Dios tiene para la humanidad y en su destino glorioso. Pero, también, nos invita a no descuidar la realidad que nos rodea, tanto a nivel mundial como a nivel local. Porque el nacimiento de Santa María es la aurora de los tiempos del Mesías, de los tiempos de Jesús. Unos tiempos que la liturgia de este día recuerda en varios momentos que son tiempos de *paz*. Como decía la profecía de Miqueas, en la primera lectura, el Mesías -el hijo de María, por tanto- es *la paz*. El nos pacifica el corazón y nos hace amigos de Dios; él va creando la fraternidad entre todos los hombres y mujeres del mundo. Esta *paz*, sin embargo, no será plena y total hasta que haya podido penetrar en todos los corazones y, bajo la acción del Espíritu Santo, se

hayan restablecido todas las cosas de la tierra según el plan de Dios. Entre tanto, los discípulos de Jesús, ayudados por la intercesión de aquella que la Iglesia invoca como Reina de la *paz*, tenemos que trabajar en la construcción de una sociedad justa y de unas estructuras que la sirvan de forma que se vaya haciendo realidad el proyecto de Dios sobre el mundo; un proyecto que defiende y reivindica la dignidad y los derechos de cada persona humana. En este sentido, ante el drama de los miles de refugiados que vienen a Europa para huir del hambre y de la muerte que la guerra les puede comportar, todos debemos pensar, tal como ha pedido el Papa Francisco, qué podemos hacer de manera concreta para ayudarles y no limitarnos a sentir compasión o a vivir en la indiferencia.

Pensando en nuestro país, los cristianos tenemos también el deber de trabajar a favor de nuestro País y de todos sus ciudadanos, particularmente de los que pasan más necesidad. Lo tenemos que hacer para que la ciudad terrena sea lo más humana posible y que todos podamos llegar a la ciudadanía del cielo. Además, dentro de unos días nos encontraremos con unas elecciones al Parlamento de Cataluña que pueden tener una notable importancia histórica porque se plantean cuestiones decisivas a nivel institucional, político y social. Si siempre es un deber de todos los ciudadanos participar activamente en las elecciones como ejercicio de la propia responsabilidad en la búsqueda del bien común y, por tanto, de una sociedad más justa y fraterna, esta vez aún lo es más. Por ello, ante esta cita electoral, invoquemos la Virgen de Montserrat, Patrona de nuestra tierra, para que sepamos discernir bien las opciones que tenemos que hacer.

Ahora, en el altar dedicado al nacimiento de Santa María, celebraremos la Eucaristía. Que nuestra participación en este sacramento nos sea fuerza y luz para continuar estableciendo en la tierra una sociedad más según Dios.